

BIBLIOTECA LEGISLATIVA
PARA USO
DE TODO EL MUNDO

POR

F. S. y S. 12

no 65557

XCIX.

Ricos muy pobres.



Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

SEGUNDA EDICION.

Es propiedad.

OPUSCULOS DEL MISMO AUTOR.

A una señora... y á muchas, 30 cénts. de real. — Casa y casino, 40 id. — El clero y el pueblo, 80 id. — La chimeña y el campanario, 70 id. — Cosas del día, 70 id. — Los desheredados, 30 id. — El dogma más consolador, 30 id. — El dinero de los católicos, 1 real. — Las diversiones y la moral, 1'50 id. — El espíritu parroquial, 1 real. — Los malos periódicos, 30 cénts. — Manual del Apostolado de la prensa, 80 id. — Mes del sagrado Corazon de Jesús, 1'50 real. — Nimiedades católicas, 40 cénts. — Octavario á Cristo resucitado, 30 id. — Devoto Octavario al dulce Niño de Belen, 30 id. — ¿Para qué sirven las monjas? 70 id. — ¡Pobres espiritistas! 60 id. — ¿Qué falta hacen los frailes? 60 id. — ¿Qué hay sobre el espiritismo? 70 id. — Ricos y pobres, 30 id. — La voz de la Cuaresma, 40 id. — Los frailes de vuelta, 30 id. — Montserrat, 2 rs. — Devoto novenario á María en su Asuncion, 30 cénts. — Bien ¿y qué? 60 id.

LECCIONES DE TEOLOGÍA POPULAR. — I, La Biblia y el pueblo, 24 cénts. de real; II, Ayunos y abstinencias; La Bula, 24 id.; III, El matrimonio civil, 34 id.; IV, El Concilio: La Iglesia: La Infalibilidad, 36 id.; V, El purgatorio y los sufragios, 30 id.; VI, El culto de san José, 40 id.; VII, El culto de María, 30 id.; VIII, El protestantismo, 30 id.; IX, El culto é invocacion de los Santos, 32 id.; X, Efectos canónicos del matrimonio civil, 40 id.; XI, Misterio de la Inmaculada Concepcion, 24 id.; XII, El púlpito y el confesonario, 30 id.; XIII, El Padre nuestro, 30 id.; XIV, Las penas del infierno, 60 id.

R. 3531157

12

65557

RICOS MUY POBRES.

¿Cómo? ¿Les parece á Vds. paradoja el título que ahí al frente acaban de leer? Pues yo les digo, amigos míos, que no es tal paradoja, sino clara y evidente verdad. Y por desgracia muy comun; tanto que no se suelen encontrar sino ejemplos vivos de ella á cada volver de esquina.

Hay pobres de estos que es una compasion.

Y me atrevo á sentar aquí un con-

cepto que no sé cómo lo van á tomar muchos de mis hermanos, pero que, guste ó no guste, me lo han de oír.

Es el siguiente :

Tengo para mí que la gran llaga social del *pauperismo*, de que hablan tanto por ahí escritores de todos tamaños y calibres, no consiste precisamente en que sufran y giman en medio de los esplendores de nuestra dorada sociedad tantos pobres sumamente pobres, sino más bien en que gocen y vegeten en ella tantos ricos que no son menos pobres, sino que lo son mucho más que los de aquel grupo anterior.

Este, este es el más horrible y cancheroso de los *pauperismos*, el de los ricos atacados y corroídos por él.

El *pauperismo* de muchos que tienen millones. El *pauperismo* de no

pocos que habitan palacios. El pauperismo de varios que arrastran coche.

Más gráfico y más breve: El pauperismo de los pobres que no lo son.

¿Que no? ¿Que no existen tales ricos-pobres? ¿Que no se da en el mundo tal clase de pauperismo? Pues escúchenme un rato, que eso vamos juntos á examinar.

Llamo en primer lugar ricos muy pobres á los que con tener mucho, muchísimo dinero, no tienen aún bastante para saciar su hidrópica sed. Estos son los avaros.

Lástima da el avaro; más que lástima, horror; más que horror, asco; más aún que asco, indignacion. Es el pobre más pobre de todos los pobres

de solemnidad. Es el pobre más infeliz de todos, el que se pudre en la más espantosa miseria.

Y eso aunque posea millones.

¿Qué mucho si no es él quien posee los tales millones, sino los tales millones quienes le poseen á él? Y le tienen cautivo, esclavo, aherrojado con miserables cadenas, que le privan hasta de los más legítimos goces de la familia y de la sociedad, hasta de sus propias y más indispensables comodidades.

Dícese que el dinero se ha hecho para satisfacer las necesidades del hombre, ¿no es verdad? pues no señor: aquí el hombre es quien sirve y se sacrifica y pierde su salud, su paz, su vida y su alma y su cielo por el dinero.

Ved si hay pobre que lo sea más

que éste, ved si hay mendigo en nuestras calles agobiado por más dura necesidad.

Pobre seria y muy pobre quien tuviese ante sí montes de oro, pero que tuviese juntamente al lado quien con espada desnuda ó con revólver amartillado le estuviese diciendo todo el dia: «Mueres, si eso tocas.» Pues igual es la condicion del avaro por muy rico que sea, mas á quien impide el goce de sus riquezas tan negra pasion. Tiénelas delante de sí, mas no para servirse de ellas, sino para que le atormenten con su brillo los ojos, y para que le despedacen con eterna hambre el corazon.

Hay, pues, ricos muy pobres, como deciamos al empezar. Y si quereis una muestra teneisla ahí.

Y va otra. La del rico, no avaro, pero sí pródigo, que es el lado opuesto de esta cuestion. Este tambien es un infeliz que puede y debe ser llamado pobre con toda propiedad. ¡Claro! ¡Como que por riquezas que tenga vive siempre agobiado de necesidades!

Necesidades que no le ha impuesto la naturaleza ni le ha creado su posicion social; necesidades abrumadoras que él á sí propio se ha creado, convirtiendo en tales toda clase de antojos.

Echad un cálculo sobre su presupuesto. Tiene veinte de renta y gasta por más de cincuenta. Es, pues, pobre por más de treinta, ó mienten aquí las más vulgares matemáticas. Rico es, pero las mil necesidades ficticias que como chupadoras sanguijuelas lleva agarradas á su modo de vivir, hácenle vivir desastrosamente,

hácenle pasar la vida apenada del más mísero de los mortales.

Decía una vez cierto gran filósofo pasando frente de un gran bazar lleno de toda suerte de inútiles preciosidades: «¡Ved cuán rico soy! ¡Cuántas cosas hay aquí que me sobran, pues no siento de ellas ninguna necesidad.» Al revés podría decir nuestro rico derrochador: «¡Cuán pobre soy! ¡cuántas cosas hay en el mundo de las que sin pena carecen casi todos, y sin las cuales yo no obstante no puedo pasar!»

Vedle inquieto, afanoso, acongojado, más que el mendigo á quien falta el pan de sus hijos, más que el obrero que ve llegar el sábado sin poder traer á casa el acostumbrado jornal. ¡Qué miseria! Es forzoso sostener gran tren, es preciso tener ruidosas fiestas, es necesario emprender costosos via-

jes de recreo. Brillar, alborotar, ofuscar á los rivales. Y cada una de estas cosas le cuestan á su apesadumbrado espíritu agonías de muerte. Porque la verdad es que no llega á tanto el cuantioso caudal. Deplorables atrasos, vergonzosas deudas, usuras que ahogan como cien dogales, impacientes y cansados acreedores, lances y trampas de que salen malparadas la honra y la conciencia... ¡ Oh qué tristes episodios los de la riqueza que no lo es, por encontrarse en desproporcion con las falsas necesidades !

Hé aquí otro de los ricos á quien llamará pobres en su más exacto sentido todo el que quiera llamar las cosas por su verdadero nombre.

Mas hay otra clase de pobres todavía que no dejan de causar compasion.

Entre el rico-pobre por avaricia, á quien ésta no deja disfrutar de su dinero, y que por tanto es pobre como si no le tuviese; y el rico-pobre por su loca prodigalidad, y que por tanto es pobre porque tiene más necesidades que medios de satisfacerlas, hay otro rico-pobre, y es el que no hace de sus riquezas el uso recto y natural que todo rico cristiano debe de ellas hacer. Vamos á ejemplos prácticos, que son los que mejor ilustrarán la materia que andamos tratando.

—¡Qué pobre es D. Eleuterio, el señorón mi vecino de enfrente, á pesar de que tiene muy abundantes el oro y los billetes de Banco en su herrada caja de resortes!

—¿Pobre, decís?

—Sí, amigo mio; pobre como el que más.

—Pues, digo: ni es avaro ni derrochador, gasta con orden y buena administracion. La de su casa podria servir de modelo á más de cien ministros de Hacienda.

—Y no obstante es pobre. Y ¿cómo no si todas sus riquezas no le bastarán para salvar el alma, que él con todas ellas se ha empeñado miserablemente en perder? ¡Y pensar que todo se puede comprar con las riquezas, hasta la patria celestial!

—Hombre, ¡esto es una barbaridad!

—Sí, amigo mio; ¡y hasta se puede sobornar y hacer cohechar con ellas al supremo Juez!

—Por Dios, ¡qué lenguaje es este!

—Más aún, ¡apagar los fuegos del purgatorio, y aún prevenir los del infierno si tanto me apurais!!!

—¿Estais loco ó hablais sin razon?

—No estoy loco sino muy cristiano, y hablo en razon y muy de acuerdo con la santa fe.

—No caigo en la cuenta de esos rompe-cabezas.

—Que no lo son, amigo mio, que no lo son, pues está su solucion á la vista. La limosna, amigo mio, la limosna, ésta es la que hace todas estas maravillas, que á vos os han parecido estupendas herejías. La limosna es la que compra, sí, compra el reino de los cielos; la limosna es la que soborna y obliga á hacer cohecho al divino Juez para que más fácilmente perdone nuestros pecados; la que por fin redime de los castigos de la eternidad. En todos estos sentidos habla de la limosna la sagrada Escritura. Oidlo, que es la eterna palabra de Dios:

«La limosna libra de todo pecado y

de la muerte eterna, y no consentirá que vaya al infierno el alma del limosnero. (*Tob.* iv, 11).»

«De gran confianza servirá la limosna á todos los que la hayan practicado. (*Ibid.* iv, 12).»

«El agua apaga el fuego encendido, y la limosna libra de los pecados. (*Eccl.* iii, 33).»

«Derrama tu limosna en el seno del pobre, y ella abogará por tí. (*Eccl.* xx, 15).»

«Redime con limosnas tus pecados, y tus iniquidades con obras de misericordia al pobre. (*Dan.* iv, 24).»

— Lugares decisivos son, y expresan claramente de la limosna cuanto habeis dicho de ella.

— ¡ Oh, sí! ¡ Y cuán pobres son por tanto los ricos que no la hacen segun la medida de su posicion! Rico sin li-

mosnas ¿cómo se atreverá á pedir á Dios el cielo, el cielo que sólo por limosna de misericordia se le puede dar? ¡Pobres ricos; más pobres en esto que los pobres más pobres!

Sí, porque al pobre le basta su buena voluntad, su generoso deseo, la compasion de su corazon, cuando otra cosa no puede dar en favor de su prójimo desvalido.

Mas el rico ha de dar, y ha de dar á manos llenas, si á manos llenas posee, y ha de dar á proporcion de las necesidades que viere, si Dios le ha dado á él tales sobrantes que las pueda con ellos remediar.

¡Feliz el rico por la limosna, si la ha dado! Mas tambien ¡pobre del rico por la limosna, si no la dió!

Supongamos un rico tan rico que estuviese nadando en oro y plata, que ni él mismo lo acertase á contar. Mas supongamos que en medio de sus millones se encontrase en día de hambre sin un pedazo de pan, ni quien por todos los tesoros del mundo se lo pudiese vender. Moriríase de miseria el infeliz en medio de sus opulencias, pues todas ellas no le proporcionarían en aquel momento un mendrugo que llevar á la boca.

Hé aquí pintada al vivo la suerte de todos los ricos, que con todo y tener muchas riquezas no saben agenciarse el pan del alma, que es la gracia de Dios y la eterna salvacion.

Muérense de hambre en medio de sus tesoros, y de hambre rabiarán y gemirán desesperados por toda la eternidad. ¡Hambre eterna de Dios, ham-

bre eterna del cielo, hambre eterna de dicha, hambre eterna del alma, que debe de ser horrible sobre toda ponderacion!

¡Oh ricos pobres! Reconoced al fin vuestra pobreza, y quered de una vez ser ricos de veras, pues tan á poca costa lo podeis ser. ¡Oh pauperismo cruel! ¡Llaga cancerosa que roe y devora las entrañas de nuestra al parecer tan brillante sociedad! No está, no, el grave mal social en que no tengan lo preciso muchos pobres, sino en que no sepan cómo se ha de tener lo superfluo tantos ricos.

¡Ah feroz socialismo! ¡Quizás seas tú por justos juicios de Dios el cauterio doloroso de tan fea gangrena, quizás seas tú el hierro extirpador de tanta inmundicia!

¡Oh santa Religion que mandas al

rico ser pobre de espíritu, so pena de que no haya de ser de él el reino de los cielos! Ricos-pobres como los que acabamos de ver son infernal agosto de Satanás; ricos-pobres como los quisieras tú han sido en todos los siglos celestial cosecha de bienaventurados!

A. M. D. G.

BIBLIOTECA LIGERA.

1. ¿Hablemos de religion?—2. ¿Quién se ocupa de eso?—3. ¿En qué quedamos: hay ó no hay Dios?—4. La razon de la sinrazon.—5. ¿Si seré yo algo más que un bruto animal?—6. Bueno; pero el alma nadie la ha visto.—7. ¿Qué me cuenta V. del otro mundo?—8. Los amigos del pueblo.—9. ¿Y si hay?—10. ¡A confesar!—11. ¿Soy católico?—12. Amigo leal.—13. Jesucristo y el Evangelio.—14. ¿Milagros? No soy tan bobo.—15. No me hable V. del Papa.—16. Padre nuestro, Ave Maria y Gloria.—17. ¿Y cómo no hay ahora milagros?—18. Yo no creo sino lo que comprendo.—19. ¿Y eso de la Bula?—20. Libertad, igualdad, fraternidad.—21. La santa Cuaresma.—22. Muerte y juicio.—23. Infierno y gloria.—24. Querer es poder.—25. Esos curas ¡los hay tan malos!—26. Bueno si, pero no beato.—27. Honrado, y esto basta.—28. Dios no se mete en eso.—29. ¿Para qué necesito yo Sacramentos?—30. Dios quiere el corazon.—31. ¡Todos somos iguales!—32. Mas trabajo y menos fiestas.—33. ¿Qué dirán!—34. ¡Dad al Papa!—35. Pero ¿de veras os parece que hemos de resucitar?—36. ¡Calla, blasfemo!—37. Lo de Lourdes.—38. ¡A veces hasta duda uno si hay Providencia!—39. ¡Pobre de mí... no tengo tiempo!—40. ¿Y por qué no he de leer yo todo lo que quiero?—41. Esos curas... por todo piden dinero.—42. Belen y la cuestion social.—43. Principio y fundamento.—44. Lo que se va y lo que se viene.—45. Malo malo no lo soy. Otros hay peores que yo.—46. A vela y remo.—47. ¡Las fiestas! ¡Las fiestas!—48. ¡Tolerantes é intolerantes!—49. Terquedades católicas.—50. ¡No, no prevalecerán!—51. ¿Religion? ¡A los curas con ese embrollo!—52. Pero, ¿cómo puede ser lo de la Eucaristia?—53. Los frailes holgazanes.—54. Historia contemporánea.—55. ¡Se va á espantar el enfermo si le hablan de Sacramentos!—56. La librería de mi amigo.—57. Corazones partidos.—58. ¿Qué iglesias y conventos! Escuelas y talleres necesitamos.—59. Vamos andando.—

60. Los pocos y los muchos. — 61. Ganar para la vejez. — 62. Poncio Pilatos. — 63. Mira que te mira Dios. — 64. El santo Rosario. — 65. Y ¿hay de veras purgatorio? — 66. Cariño más allá de la tumba. — 67. Celestial compañero. — 68. Ni fe sin obras, ni obras sin fe. — 69. La santa Inquisición. — 70. ¿Los curas? ¡Bah! son hombres como nosotros. — 71. Cuentas galanas. — 72. El secreto del bien morir. — 73. ¡Eternidad! ¡Eternidad! — 74. Higiene espiritual. — 75. María, Madre de Dios. — 76. La casa-iglesia y la casa-club. — 77. Escuelas laicas, es decir, impías. — 78. El sagrado Corazón. — 79. El secreto de la escuela laica. — 80. Vivos y muertos, ¿cuándo se nace de veras? — 81. Piezas para un proceso. — 82. Las tres mentiras de la enseñanza laica. — 83. ¿Romerías? ¿qué se saca de eso? — 84. Modos de tener religion que equivalen a no tenerla. — 85. No estoy por tanto lujo en las iglesias: Cristo fué pobre. — 86. Con qué ¿nos vamos? — 87. Criterio seguro... y único. — 88. La casa de la eternidad. — 89. El bu del jesuitismo. — 90. ¿Tanto mal es el pecado? — 91. Más sobre el jesuitismo. — 92. El pecado cristiano. — 93. La más justificada justicia. — 94. El combate de la vida. — 95. El triunfo de la fe. — 96. La vejez del incrédulo. — 97. ¡Esos teatros! — 98. El crimen de muchos hombres de bien. — 99. Ricos muy pobres. — 100. Ad maiorem Dei gloriam.

Los libritos de esta *Biblioteca* se venden en la *Librería y Tipografía católica* de Barcelona á los precios siguientes:

Un ejemplar, 2 cuartos; docena de un mismo número, 2 rs.; centena de id., 16 rs.; quinientos de id., 75 rs.; mil de id., 140 rs.

La coleccion de los 100 números publicados vale 16 rs. No se hace otro descuento.

Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, número 5, Barcelona.

TIPOGRAFIA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.— 1886.